

ponde que ambos son hijos del pecado, ¡del mismo pecado! ¿No es una burla cruel? El que nace parecido al bruto ¿no tiene derecho para decir: "Si soy hijo del pecado, mi hermano lo es también; culpables ó inocentes por igual, nuestra condicion debiera ser la misma?". La desigualdad es mucho más terrible, aún cuando se refiere á vicios innatos. ¿Por qué, dice San Agustin, tiene el uno propension á la castidad y á todas las virtudes, miéntras el otro parece concebido en la impureza y en el vicio? Si el pecado original explica que nazca uno vicioso, no explica ciertamente que nazca el otro virtuoso. No hay más que una explicacion: la de la preexistencia. En efecto, si hemos vivido ántes de nacer, hemos necesariamente merecido ó desmerecido; renacemos tales como nos hemos hecho ya á nosotros mismos. El que ha pasado su vida anterior encenagado en el vicio ¿preguntará acaso por qué nace vicioso, y por qué tal otro que luchó contra la imperfeccion de su naturaleza nace con disposiciones al bien? Cada cual hace él mismo su destino; éste, pues, debe ser desigual.

Á la doctrina de la preexistencia se objeta á veces la falta de memoria. Si hemos vivido y no guardamos recuerdo de la vida anterior, la que tenemos es para nosotros como si no la tuviésemos; la inmortalidad es entonces una quimera. Ahora bien, á despecho de esa vaga reminiscencia de que habla Platon, no tenemos recuerdo de haber vivido, no sabemos dónde, cómo, bajo qué nombre hemos existido. Luego la preexistencia, léjos de ser un apoyo para creer en nuestra eternidad, la niega más bien (1). Los escritores católicos, que insisten mucho en esta objecion, no advierten que se puede volver contra el pecado original. El pecado ó la pena del pecado, su conciencia, ¿se conciben sin la conciencia de haber pecado? Y ¿no supone la conciencia el recuerdo del pasado, de donde viene ya el pecado, ya su consecuencia? Ahora bien, ¿nos acordamos de haber pecado en Adán? ¡Sufrimos, pues, una pena, sin saber, sin acordarnos de haber sido culpables! Pero dejemos á un lado esta contradiccion y abordemos la objecion directamente. Como no se trata de nosotros ni de nuestras creencias, sino de una fe que tiende á ser la de la humanidad que piensa, damos la palabra á

(1) M. Dechamps insiste mucho en esta objecion (*Le Christ et les Antechrists*, p. 535-536).

Reynaud. Se le objeta que una existencia inmortal, sin conciencia de sí misma, no salva la inmortalidad del individuo; oigamos su respuesta.

"Creo, dice, sin vacilar, que para el alma la posesion plena de sí misma, y de su pasado por tanto, es la primera condicion de su inmortalidad dichosa. Esta noble creencia es la que nos asegura que no veremos extinguirse en la nada la conciencia de nuestros esfuerzos y sacrificios en esta vida, por débiles que hayan podido ser... ¿Qué sería, en efecto, una beatitud que nos hiciera olvidarnos de nosotros mismos, hasta el punto de no preocuparnos de saber ni de dónde venimos, ni por qué peripecias hemos pasado, ni merced á qué acciones hemos conseguido elevarnos?... Hay más: á no ser que recobremos un día toda nuestra memoria, es preciso que todas nuestras afecciones de acá abajo sean tan sólo lazos efímeros que ata la mañana y desata la tarde. Quitádnos los recuerdos, y no sólo rompéis nuestros lazos con nosotros mismos, rompéis además los que nos unen á todo cuanto amamos; y, sin embargo, Dios sabe que si nos lanzamos con aspiracion tan viva hácia la inmortalidad, ménos es atendiendo á nuestra propia conservacion que á la de esas afecciones tan queridas, el primero de todos nuestros bienes, y sin las cuales nada nos interesa ni en la tierra ni en el cielo." (1).

Hé aquí una declaracion franca y precisa; sin la conciencia de nuestro pasado no hay verdadera inmortalidad. Pareceos que Reynaud va demasiado léjos. No hay razon para decir que nuestras afecciones sólo serán lazos de un día si no conservamos el recuerdo de ellas. La fe puede llenar el vacío que deja la falta de memoria. Á la objecion que acabamos de hacer contra el pecado original responden los ortodoxos que su fe les asegura ser cierto el pecado de Adán y no ménos la falta ó la pena que pasa á su descendencia. Pues bien, nosotros podemos tener una fe tan firme, cuando ménos, en la preexistencia; y si estamos bien convencidos de haber vivido y amado, tenemos, por lo mismo, la seguridad de haber amado á los que amamos ahora y de amarlos siempre. ¿No es este un sentimiento muy vivo de nuestra inmortalidad? Confesamos que no llena enteramente nuestros deseos y aspiraciones. El que ama, como el que pien-

(1) REYNAUD, de *la Mémoire dans l'immortalité* (*La Libre recherche*, 1860, diciembre, p. 322).

sa, querría conocer su pasado. Este deseo tan universal, tan profundo, es, á nuestro juicio, un presentimiento del porvenir; creemos con Reynaud que el recuerdo que nos falta ahora, ó que al ménos es vago ó confuso, reaparecerá ulteriormente, y que sólo entonces nuestra inmortalidad será completa.

¿Es quizás este uno de los sueños reprochados á Reynaud? No, los que creen en la existencia del alma deben creer también que las impresiones que recibe no pueden ya borrarse; quedan grabadas en nuestra esencia; no se las lleva el tiempo, ni las transformaciones que sufrimos al pasar de una vida á otra nos despojan de ellas. Podemos, pues, asegurar desde ahora que nacemos tales como nos hemos hecho á nosotros mismos en una vida anterior; nuestra identidad es completa, por tanto; pero ¿por qué de todas nuestras facultades perderíamos sólo la memoria? Nuestra historia está escrita en nuestra alma, nada más cierto. Debe, pues, sernos posible leerla. Esta posibilidad se convierte en una certidumbre de fe para el que admite un desarrollo progresivo en nuestro sér. Desde este punto de vista se comprende perfectamente por qué el hombre no conserva en su existencia actual el recuerdo de su pasado y por qué este recuerdo debe despertar algún día. Se pregunta la razon en virtud de la cual sólo tenemos ahora ese recuerdo indefinible que los filósofos llaman reminiscencia ó presentimiento. Respondemos que esto ocurre por que Dios quiere hacernos un beneficio. La Sagrada Escritura dice que los patriarcas morirían cargados de años, pero cansados de vivir también. ¿Quién de nosotros, llegada la vejez y aún en la edad madura, no experimenta cansancio y disgusto de la vida? Es esta una consecuencia necesaria de nuestra imperfeccion. La vida es un don de Dios, y seríamos culpables al desdeñarla. Pero abusamos de ella, caemos para volver á caer, los mejores quedan horriblemente imperfectos; este sentimiento de nuestra nada es el que nos abate á medida que nuestras faltas se acumulan con sus remordimientos inevitables. ¿Qué es, pues, lo que pedimos al exigir el recuerdo completo de esta vida en la futura? ¿Que la fatiga que nos hace desear la muerte nos acompañe en la nueva existencia! ¡Querriamos nacer cansados y hastiados de vivir! Dios, en su infinita bondad, no escucha nuestra insensata súplica. Nos envía el ángel de la muer-

te, que lo es también del sueño; nos libra del peso de la vida que acaba para darnos fuerzas con que empezar otra nueva. Recordemos nuestras luchas y extravíos en esta breve existencia, representémonos la condicion del hombre que hubiera de llevar sobre sí la pesadumbre de todas sus existencias anteriores, y daremos gracias á Dios porque nos da con la vida el olvido del pasado.

¿Será eterno este olvido? El peso de que nos abruma ¿ya no aumenta acaso con el número de nuestras existencias? Y la necesidad del olvido ¿no es, por lo tanto, cada día mayor? Sí, así sería si nuestra vida infinita fuese sólo un círculo vicioso de faltas y crímenes. La fe en el progreso responde felizmente á esta desconsoladora objecion. En nuestro estado actual de debilidad, apenas podemos sobrellevar el recuerdo de la existencia presente. Pero esta flaqueza depende de nuestra imperfeccion, y ésta cede al principio del perfeccionamiento infinito que llevamos dentro de nuestro sér. Á medida que nuestra alma gane en inteligencia y en abnegacion, disminuirán nuestros extravíos, y con nuestros errores cae también la razon por la que Dios nos ha dado el olvido. Volverá la memoria y cobrará mayor fuerza á cada progreso que realicemos.

Sueños, dicen los apologistas del cristianismo. Esperando esos progresos futuros en nuestra existencia ulterior, ¿en qué se convierte la presente? ¿En una vida sin moralidad? En vano se dice que los méritos y deméritos de nuestras existencias anteriores determinan nuestra vida actual en buen ó mal sentido. Ningun recuerdo tenemos de tales extravíos, ni tampoco de semejantes buenas acciones; ¿y qué es una recompensa ó una expiacion sin este recuerdo? (1). Siempre la misma objecion bajo diversa forma. Ya la respondimos ántes. El hombre lleva en sí mismo la huella indeleble de su pasado; por lo mismo que se conoce, conoce su historia. Si se siente con una predisposicion innata á un vicio cualquiera, ya sabe que es á sí mismo á quien debe achacarla. ¿Qué apoyo más fuerte puede haber para la moralidad humana que la conviccion de que nosotros mismos trazamos nuestro destino? Es el principio de la responsabilidad universalizado, proseguido hasta nuestras disposiciones innatas. ¡Y hay quien se atreve á decir que esta

(1) DECHAMPS, *le Christ et les Antechrists*, p. 346.

doctrina destruye las bases de la moral! ¿Qué doctrina es más moral, la del pecado original, que nos castiga desigualmente por una falta que no hemos cometido, ó la de la preexistencia, que nos da el convencimiento de que todo mal va seguido de expiación, y que ésta es exactamente proporcionada á la gravedad de la falta?

Atácase la naturaleza misma de esta expiación; escuchemos al reverendo padre Dechamps, hoy arzobispo, para tener una idea de la increíble obcecación de los católicos ó de su incurable mala fe: "La preexistencia es un ensueño absurdo, es más, un ensueño cruel. Quereis que los sufrimientos de esta vida sean exactamente proporcionados á las faltas personales de una vida anterior. Pretendeis, pues, que frente á la injusticia triunfante en este mundo, frente á la avaricia y á la ambición satisfechas, frente á la opulencia muellemente sumida en la voluptuosidad, me diga á mí mismo: ¡Hé aquí un alma recompensada por una buena vida anterior! Quereis que en presencia del infortunio y de las lágrimas, de la virtud perseguida y de la inocencia crucificada, diga como los escribas en el Calvario: ¡Este lo había merecido bien!," (1). ¿Qué diría Mr. Dechamps si interpretásemos su magnífico sermón en el sentido de que él, padre de la congregación del Santísimo Redentor, él, arzobispo, estima que la *injusticia triunfante* es una dicha, que la *avaricia satisfecha* lo es también, que es una *felicidad*, á su vez, la *opulencia sumida en la voluptuosidad*? ¿Qué diría si nosotros dedujéramos de su sermón la consecuencia de que en su sentir, en su religión, las *lágrimas* son una desgracia, que lo es la *virtud perseguida*, que es también una desdicha la *inocencia crucificada*, que Jesucristo, por lo tanto, era desgraciado, mientras Pilatos se hallaba en el colmo de la dicha? Monseñor Dechamps diría que le calumniábamos á él y al cristianismo, en cuyo nombre habla. ¿Y no tenemos derecho nosotros para decir lo mismo á monseñor Dechamps? Es inútil añadir más á lo que ya hemos dicho en este punto; pero como el reproche ha sido dirigido al autor de estos *Estudios*, permítasele decir que la respuesta á tan banal objeción se halla en el libro mismo que monseñor critica, ¡el mismo que tenía delante de los ojos! Transcribamos nuestras mismas palabras:

(1) DECHAMPS, *le Christ et les Antechrists*, pág. 536 y siguientes.

"El Oriente enseña, por la voz de los brahmanes, que las desigualdades de esta vida son la retribución de nuestros méritos y deméritos en una vida anterior. Á los ojos de aquéllos, la riqueza, como las otras ventajas exteriores, son una recompensa y la pobreza una pena. Esta concepción, que halaga el orgullo y el egoísmo de los poderosos de este mundo, se reprodujo hasta en el cristianismo... Bendigamos la religión cristiana por haber arruinado esta falsa doctrina. Gregorio Nacianceno, nutrido de la doctrina de Orígenes, admite que hay en este mundo un sistema de penas y recompensas: "La diferencia de las condiciones, dice, no debe ser imputada al azar; no hay fatalidad; la justicia preside á la distribución del bien y del mal. Pero nos es imposible penetrar los misterios de la justicia divina. ¿Quién nos dice que la fortuna, la grandeza, la gloria no son una maldición para el que parece colmado de dicha? ¿Quién sabe si la pobreza, el sufrimiento, la ignorancia, no son una bendición para el que parece sucumbir bajo el peso de la cólera divina?,"

Más adelante, y siempre en el *Estudio sobre el cristianismo*, que el P. Dechamps toma por texto para lanzar sus invectivas contra la doctrina de la vida progresiva y de la preexistencia de las almas, el autor explica lo que entiende por mal y por expiación. Citamos textualmente: "El mal que sigue al pecado son las malas disposiciones del alma, las circunstancias en que Dios coloca al pecador en sus existencias sucesivas para hacerle expiar su falta. Pero el pecador, con la gracia de Dios, puede siempre levantarse y se levantará; el castigo mismo se convierte en una gracia, puesto que tiende á corregir al culpable." Así para nosotros el mal no es la pobreza, no es el sufrimiento: San Pablo sufriendo y pobre, ¿era desgraciado? ¿Recibía un castigo? La felicidad no está tampoco en la riqueza y el engrandecimiento: creemos con San Gregorio que la riqueza puede ser y es muchas veces una maldición: el injusto triunfante y el rico corrompido en el deleite son los más desdichados de los hombres. No hay más que un mal, el vicio; no hay más que un bien, la virtud. Tal es la religión del porvenir.

Todavía se le hace otro cargo. La salud universal no agrada á los ortodoxos: quieren, á todo trance, un infierno, y el paraíso no tiene para ellos encanto, si no es el privilegio de algunos elegidos.

Nada más inmoral, si se les oye, que la fe en la salud de todas las criaturas. Escuchemos todavía al padre Dechamps; hé aquí lo que hace decir á Dios por un alma persuadida de que se ha de salvar (1): "Quereis que os ame porque soy vuestra criatura, y que haga por amor vuestra voluntad, que combata mis pasiones, que reprima mi orgullo, que sea sincero, humilde, casto, capaz de toda abnegación hasta el sacrificio. Pero á mí me es más grato sacrificarlo todo al deleite y á la ambición. La opulencia y el placer me atraen; los seguiré á pesar vuestro. ¿Por qué me he de contrariar? ¿No sé acaso que todos serán salvados? No ignoro que hay *expiaciones* en las vidas progresivas; pero veo que están mezcladas con *dulzuras*, y quiero saborear éstas á mi placer. Sé que vuestra bondad no os obliga á castigarme sino para curarme, aunque yo no quiera, y que además debéis perdonarme un día. No tengo, pues, ninguna prisa en reprimirme para agradaros."

Hé aquí cómo los apologistas más serios del cristianismo desnaturalizan la doctrina de sus adversarios. Si se hiciese esto con la religión tradicional, ¡qué digo! si se la tomase cual la practican la mayoría de los fieles, si se descendiera á sus conciencias, ¡qué se leería en ellas! Los que hacen el bien, lo hacen por cálculo, para ganar el cielo, como dicen; esto es, hacen un contrato usurario con el buen Dios, que se deja engañar, porque ha de devolver centuplicado en la otra á los fieles el bien que hagan ellos en ésta. Excelente especulación, ciento por ciento de provecho; pero no vemos por qué Dios la recompensa con la eterna bienaventuranza. Ciertamente que en la religión del porvenir no se ganará el cielo tan fácilmente, y que el mejor medio de perderlo será el creer ganarlo, el creer que se da á la virtud una recompensa, como se paga un jornal al obrero. En nuestra fe, la virtud halla su recompensa en sí misma. ¿Cuál es más moral, preguntamos, la fe que excluye todo

(1) DECHAMPS, *le Christ et les Antechrists*, pág. 541 y siguientes.

cálculo y lo castiga, ó la fe que lo provoca y premia?

Hay también pecadores en el seno de la Iglesia, á pesar del infierno. Los ortodoxos son los primeros en quejarse de que los cristianos viven como si no creyesen en el fuego eterno que los aguarda. ¿Cómo se explica que los creyentes, no sólo las turbas, sino los mismos que predicán las penas eternas, parezcan preocuparse tan poco de ellas? Ante todo, porque hay maneras de arreglarse, de acomodarse con el infierno como con el cielo. Hay excelentes fieles en Italia, en Roma mismo, que se entregan al brigandaje: después de cada robo, de cada asesinato, tienen cuidado de confesarse y hacer penitencia, pues están muy convencidos estos excelentes cristianos de que las puertas del cielo les serán abiertas de par en par. Y ¿no hay acaso especuladores de este jaez fuera de Italia y en todos los rangos de la sociedad? Entienden también que pueden gozar de la vida, seguros como están de ir al cielo, abriéndoles el camino sus buenas obras, los sacramentos y la Iglesia. Otra vez más lo diremos: los especuladores no tendrán tanta suerte en la religión del porvenir. No más Iglesia, no más sacramentos que procuren la salud, no más buenas obras que laven los pecados. Un castigo inevitable que siga á toda falta. La salud final, es verdad, asegurada al pecador; pero ¿á qué condiciones? Mientras hable el lenguaje que pone en sus labios el P. Dechamps, se aparta de su salud final; es decir, que sufrirá el mal impuesto al culpable para su regeneración. ¡Estas son las *dulzuras* que le aguardan!

Hablemos seriamente en asunto tan serio. Una pena segura hiere al culpable. Es un relajamiento moral. ¿Se necesitan, para sanción, los fuegos del infierno? ¡Imprudentes defensores de la religión y la moral! Nadie cree ya en la sanción que reclamais. Si no hay otra, como pretendéis, fuerza será decir: comamos y bebamos, porque mañana moriremos. Ó no más vida futura, ó una vida progresiva, aceptable á la razón. Es decir: ¡ó no más religión, ó una nueva concepción religiosa!